

UNA VISION DE LA ECONOMIA NACIONAL

David Ibarra
Conferencia
50 Aniversario
Universidad de Pachuca
Febrero 9, 2011

Los hechos

La economía mexicana vive tiempos anormales, se encuentra a mitad de camino entre dos patrones disímiles de desarrollo y en medio de una crisis global. Sin duda, sobrevendrán cambios en el orden económico internacional y en el interno, situación que afecta a toda la organización social y a la distribución del poder político. No se trata de las oscilaciones cíclicas típicas, ni podrían paliarse con alteraciones menores de los instrumentos macroeconómicos. La tarea cubre mucho más terreno, abarca desde la reconstrucción de las instituciones económicas y la remodelación política, hasta la consolidación de un pacto social nuevo que no sólo equilibre el juego de las diversas fuerzas sociales, sino que induzca la recuperación de la capacidad nacional de progresar y de imprimir rostro civilizado a ese proceso.

En el ámbito restringido de la economía subsisten varios desequilibrios que al retroalimentarse mantienen postrada a la producción y al empleo o producen ciclos depresivos repetitivos. Uno es de orden estructural, se caracteriza por un proceso incompleto de modernización institucional y de la planta productiva vernácula para insertarse exitosamente en la economía internacional. El segundo problema es financiero: la banca casi ha abandonado el financiamiento a la producción y a las inversiones. El Banco de México descuida los objetivos del crecimiento y la regulación de la banca extranjerizada o nacional. El tercero es de orden social y se refleja en la intensificación

del desempleo, de la injusticia distributiva y de la aglomeración de perdedores en la justa de la competencia. El cuarto se relaciona con el predominio de enfoques segmentados en las estrategias públicas, cuyo horizonte, circunscrito a la estabilización, suele aplazar la reconstrucción equilibrada y modernizadora de estructuras e instituciones de las que depende en última instancia el crecimiento sostenido.

Los escollos se dan lo mismo a escala macro que microeconómica. Desde tiempo atrás, la tasa de crecimiento del ingreso por habitante decayó con el debilitamiento consiguiente del mercado de trabajo; la apreciación deliberada del peso desde la segunda mitad de la década de los noventa, contrarió y contraría la dirección básica de la estrategia hacia afuera y obliga a descuidar la producción interna; la liberalización de fronteras llevó a un sobreajuste industrial y agrícola que fue acentuado por la ausencia de políticas activas de fomento, facilitadoras de la reconversión de la planta productiva nacional; además, la renuncia indiscriminada al intervencionismo estatal impide la instrumentación de una eficaz política contracíclica en la crisis.

Como es natural, el costo principal de la política adoptada y de la secuela de problemas subsiguientes consistió en contraer cíclicamente a la economía. En 1995 el producto cayó más del 6% y, otro tanto, ocurre en 2009. Por supuesto, el consumo privado y la inversión se contrajeron todavía más.

Los pocos signos alentadores se asocian a la expansión de las exportaciones. También se registran logros estabilizadores importantes: la inflación anual baja al 27%-28% en los ochentas a 4%-5% en la actualidad; el tipo de cambio se aprecia y estabiliza con oscilaciones alrededor de 12 pesos por dólar; el déficit público se mantiene bajo, entre el 1% y el 3%, según se cuente; las tasas pasivas de interés (cetes a 28 días) se reducen a poco más del 4%.

Por lo que hace a las perspectivas de 2011, con las salvedades del caso, los pronósticos oficiales y privados sitúan el crecimiento del producto en cifras inferiores (3.8%-4%) a las alcanzadas en el ejercicio anterior (5%); la inflación anual oscilará entre el 3% y el 4%; el tipo de cambio alrededor de 12 pesos por dólar, revaluándose; el déficit público entre 0.75% y 3.2% del producto, también según se mida; la cuenta corriente registrará un déficit de 13 mil millones de dólares.

En suma, el énfasis sigue puesto en la estabilidad de precios con políticas fiscales y monetarias de corte conservador dirigidas a sostener ritmos moderados de expansión productiva, pese a que el desempleo abierto y el ascenso de la informalidad se mantengan en cifras peligrosamente altas.

Estabilización y crecimiento

La mejoría reciente de la situación macroeconómica no es general ni compensa por entero la caída de 2009: el consumo del grueso de la población sigue deprimido y por tanto las ramas productivas más afectadas fueron las que se le asocian a la demanda popular y a la inversión. Se espera cierto dinamismo en algunas actividades vinculadas a los mercados externos. El sector bancario sigue arrojando altas utilidades a pesar de la crisis y las acusadas restricciones crediticias.

El ciclo de recuperación económica encuentra escollos para recolocarnos en la trayectoria histórica de elevado crecimiento. Factores externos negativos siguen presentes y los puentes entre las estrategias de corto y largo plazo, están trancos. La destrucción innecesaria de buena parte de la red de nexos interindustriales, hace que las importaciones se disparen tan pronto la economía comienza a crecer y la dependencia estructural de la recuperación norteamericana, alimenta incertidumbre persistente.

La tercera rémora se sitúa en la incapacidad de la política monetaria y del sector bancario para cumplir funciones indispensables de intermediación financiera a la

producción y a la formación de capital. En efecto, la cartera conjunta de la banca comercial y la de desarrollo ha caído del 63% al 21% del producto entre 1995 y 2008, uno de los más bajos coeficientes de intermediación financiera del mundo. La banca comercial ha disminuido en 33% su cartera real de crédito, particularmente al sector privado a pesar de los estímulos de las garantías y redescuentos de los bancos estatales. Por su parte, la transformación de la Banca de Desarrollo a banca de segundo piso, la hizo abandonar dos de las funciones centrales: el crédito directo al sector privado conforme a prelación nacional y la capacidad de preparar programas o proyectos de inversión.

La reprivatización-extranjerización de la banca comercial y la pérdida de iniciativa de la banca de desarrollo son causa de la ruptura de muchos de los nexos entre economía, financiamiento de la producción y capacidades estatales de encarar el crecimiento. Por su parte, la política monetaria constreñida a manejar las tasas pasivas de corto plazo, poco influyen en abatir las tasas activas de interés que cubren los empresarios. A su vez, la falta de directrices y regulaciones hace que la banca comercial se especialice en el crédito al consumo con altísimas tasas de interés o preste sin riesgo al gobierno.

En suma, la política económica ha buscado *a fortiori* la estabilidad de precios y el equilibrio de las cuentas públicas, cualquiera que sean los costos a pagar incluido el diferimiento de las acciones contracíclicas y de recuperación económica.

Vista la situación del lado del empleo, la situación es alarmante. La población económicamente activa creció 140% entre 1980 y 2008, esto es, a una tasa media anual superior al 3%. En contraste, el empleo en el sector secundario que podría tomarse como el segmento de la economía modernizada del mercado, vio declinar su participación en la población activa en casi 50% entre 1990 y 2008.

Según el INEGI en 2009, la población informal y agrícola (26.1%) excedía al número de trabajadores formales (18.4%) como proporción de la población económicamente activa. Conforme a cálculos distintos (OIT y otros) la informalidad sumada a los trabajadores de bajísima productividad exceden del 40% de la fuerza laboral. Las cifras son todavía más desalentadoras si se toma en cuenta a los jóvenes. Ahí la tasa de desocupación excede tres o más veces la media nacional. Además, el empleo se precariza, las remuneraciones bajan o las jornadas parciales suben, mientras se comprimen los mejores puestos.

Dejando de lado los avances en materia de inflación o de los equilibrios presupuestales, cabría concluir que las cuestiones medulares a la salud y al crecimiento de la economía reciben atención secundaria en la confección de las políticas gubernamentales o en las acciones del sector privado.

En ese sentido, las principales prelações debieran estar dirigidas a reconstruir los mecanismos sociales de formación de consensos, democratizando a la política económica; fomentar prioritariamente el empleo; propiciar la reconversión deliberada de la planta productiva nacional y la integración del sector exportador al resto de la economía; establecer derechos sociales exigibles en favor de los grupos marginados frente al proceso observado de concentración del ingreso; normalizar el funcionamiento de la banca comercial y de la banca de desarrollo; mejorar al sistema educativo y de investigación básica; y, sobre todo, fijar metas económicas y sociales mejor equilibradas con las de la estabilización.

El listado incompleto del párrafo anterior muestra el amplísimo campo que debiera desbrozarse con el propósito de abreviar la recuperación económica y de humanizar el desarrollo nacional. Sin exagerar el optimismo, las posibilidades están abiertas, son conocidas y asequibles, las están aprovechando varios países en desarrollo,

como lo demuestran los del sureste asiático, Brasil o Chile. Si se procede con prudencia y firmeza nada impediría que reaccediéramos al elevado desarrollo que caracterizó a la economía nacional entre 1940 y 1980.